

Delfina Careaga en el país de las palabras (Entre los infiernos y el cielo)

Aunque no precisa ni es afectada a reconocimientos u homenajes oficialistas —más bien los acepta por gentileza y cortesía—, Delfina Careaga ocupa, sí, un lugar fundamental en el ámbito de la literatura, no sólo por su elocuente, vigoroso y hasta humorístico discurso narrativo, sino por su cáustica y provocativa —demoledora— propuesta temática. Discurso y propuesta que la autora combina hábil e inteligentemente, gracias al dominio que tiene del oficio y a su depurado estilo (que no pierde sin embargo la vitalidad y la frescura); a que conoce el secreto y la esencia, el valor y el poder de la *palabra*; a la lucidez y capacidad imaginativa con que echa a volar su fantasía y, mediante el acto de la creación, a través de la escritura, penetra y (nos) descubre aquellas realidades —posibles o probables— que involucran al ser humano en su más sublime y degradada existencia. ¿Sublime?, sí, por cuanto éste es capaz de aspirar y alcanzar mediante acciones nobles y valerosas; ¿degradada?, sí también, por cuanto

¹ Texto preparado para el Coloquio de Género y Géneros dramáticos que, organizado por la Universidad Autónoma del Estado de México y el H. Ayuntamiento de Toluca, se llevó a cabo el 12 y 13 de julio de 2010, en la Casa de las Diligencias.

tiende a ser víctima o victimario de los actos más viles y deplorables, por cuanto llega a ser incapaz de valorar o vindicar su propia dignidad humana dentro de una realidad ofensiva, anónima y anómala, bajo la cual el hombre, víctima de sí mismo, está condenado a perder sus más elementales y naturales derechos, en aras o a causa de una supuesta y pretenciosa normatividad civilizatoria. Sin entender por qué —o aun sabiéndolo—, desde que nace hasta que muere, está predestinado a perder su individualidad, su naturaleza, su derecho de ser, y por medio de la arbitrariedad o el castigo, de la amenaza o la complacencia, del estímulo o el engaño, cotidianamente es reprimido o domesticado por ese algo que disfraza y refrenda la sociedad, por medio de reglas, códigos, convenciones, inexorablemente impuestos; ese algo que nos ultraja y enajena, que nos acecha en todo momento, de muy distintas maneras, haciéndonos sentir mentirosa y artificialmente felices y superiores, o, bien, que nos confina a la humillación y a la derrota. Una realidad, en fin, que no escapa al interés literario de Delfina, quien en el cuento (*Nada importante, Muñeca vestida de azul, No me olvides en el viento, Cosas del tiempo y otros fantasmas*) como en la novela (*Alquimia*), en la dramaturgia (*Una tal Raymunda, La representación bastarda*, trilogía, *El cielo*), como en el guión (*La tía Alejandra*), da sobrada cuenta de poseer una sobria y desbordante sensibilidad literaria, al delinear, con su versátil y fluida pluma, peculiares personajes y sugerentes situaciones, unas veces ingeniosas y humoristas, otras dolorosas y desgarradoras, que nos identifican, proyectando nuestras virtudes y carencias.

El fervor por la palabra, el oficio de las letras, no es para Delfina un simple devaneo ni motivo



Virginia Aguirre (abajo) y Adriana Barraza.
Escenas de *Una tal Raymunda* de Delfina Careaga.

de vano alarde o de pose académico intelectualista; es más bien un acto vital que responde a una íntima necesidad creativa por medio de la cual descubre y expresa humanos sentimientos, emociones y su personal manera de concebir el mundo. Es también una manera lúdica, sublime, de (des) cubrir o inventar historias, fantasías, con el poder de las palabras.

Y aunque no de maravillas, el de Delfina es un país en el que la adicción por las palabras la hace gozar plenamente con los frutos de su fantasía, y le gana el afecto y la admiración de sus amigos fieles (entre quienes, con orgullo, tengo el privilegio de contarme). Pero también la envidia, el celo profesional, de algunos de sus colegas o pseudo amigos —¿verdad, Arturo?, ¿verdad, Sabina?— ¿que, aprovechándose de su generosidad, y tal vez de su gentil desprendimiento, se atrevieron, no sin deshonesto actitud, a convencerla para que aceptara que sus nombres aparecieran junto al de ella, compartiendo los créditos del guión de *La tía Alejandra*, cinta que, en ese rubro, obtuviera el correspondiente Ariel; o bien el abuso de cierto funcionario —¿verdad, Augusto?— que, aprovechando su cargo en alguna institución, pretendió encomendarle trabajos personales mientras colaboraba ella en dicha institución como su subordinada.

Entre los amigos más cercanos de la prolífica escritora, no puedo por supuesto dejar de evocar la figura del entrañable Esvón Gamaliel, con quien, después de que le hiciera una memorable escenificación de *Una tal Raymunda*, y gracias a sus similares afinidades y preocupaciones estéticas,



habría de concebir una singular e inquietante trilogía, *La representación bastarda*, conformada por tres deslumbrantes y provocativas obras: *La presencia altamente sospechosa* (“La verdadera historia del hombre iguana”), *La red* y *El espacio infausto de mi dicha*, sustentadas congruentemente en las conceptualizaciones filosóficas de la realidad oficial (RO) propuestas por José Blanco Regueira, filósofo español de quien abrevaron agudas ideas para entender el quid de la ominosa realidad que nos condena.

Al respecto, podemos inferir cómo tanto en *La verdadera historia...* como en *La red* (únicas obras de la trilogía escenificadas, por Esvón), los autores nos introducen, de diferentes maneras, por ese mundo oscuro y subterráneo de lo intestino humano, dejándonos ver la mentira vil, el engaño atroz de la existencia, bajo el cual, desde que nace hasta que muere, al hombre se le coarta su libertad de ser y se le condena a vivir, inexorablemente, un mundo que no es, que no debería ser (“la verdad no es así”, expresó Blanco Regueira al referirse alguna vez a la ultrajante y oprobiosa realidad que nos rodea); un mundo anestesiante, en el que al hombre, sumergido en una silenciada “angustia trágica”, se le despoja y quita el derecho puro, natural, que, por el solo hecho de ser producto de la naturaleza le corresponde; un mundo, en fin, de desamparo y desencanto.

No es fácil, ni frecuente, trasplantar conceptos filosóficos a obras literarias. Pero el interés humano, demasiado humano, de Delfina y de Esvón se vuelca sobre todo en esa trilogía, como una exigencia estética, y se proyecta, soberbia e inteligentemente, en las acciones dramáticas

a las que dan vida empáticos y bien delineados personajes que transitan, en situaciones límite, entre la ingenuidad y la perversión, entre el bien y el mal, víctimas o artificios de la lacerante paradoja que impone la amenazante RO: ser sin libertad en una realidad que todo lo controla.

En las tres obras de la aludida trilogía, la razón, el intelecto, no es más que un falaz y cínico artificio por medio del que se encasilla al hombre (ser culto > ser natural), quitándole el derecho de ser verdaderamente él. Todos

somos parte de un modelo “desarrollado”(?) por medio del cual no somos sino en función de un no ser, de un ser alienado, domesticado, y sin libertad.

En *La verdadera...*, “símbolo del ser que no fuimos” o de lo que podemos ser, la posibilidad de ser no existe porque *no hay salida*, y la única verdad es una mentira. Mientras que en *La red*, (des)personalizados, los personajes transitan por una RO misteriosa que los controla y los vuelve simples engranajes de una poderosa y anónima maquinaria (¿sociedad?) que les impone un rol, el cual deben asumir casi de un modo autómatas, bajo reglas y conductas, sin entender los por y para qué, como si estuvieran anestesiados o carecieran del acto volitivo.

Lamentable o afortunadamente, la obra que cierra la trilogía, *El espacio...*, ha permanecido inédita y sin haber sido escenificada. El lamento se debe a que no hayamos tenido la oportunidad de haberla visto montada por Esvón Gamaliel, su coautor dramaturgico, quien sin duda hubiera logrado un consecuente y conclusivo cierre a la trilogía; y la fortuna, a la expectativa que tanto su obligada y digna edición como su retadora puesta en escena despiertan.

Vale la pena destacar que, por sus intrínsecos y evidentes valores, tanto *La verdadera...* como

La red tuvieron un fuerte impacto en el público (exigiéndole abrir su criterio) e impusieron nuevas pautas para interpretar dramática y escénicamente la realidad, lo que las volvió paradigma y referente de un teatro que busca y encuentra en los ínferos del hombre la clave y justificación, la razón de su existencia.

Pero éstas no fueron las únicas y osadas propuestas. En *Una tal Raymunda* había ya esa inquietud compartida por ambos dramaturgos de desentrañar profundos sentimientos y actitudes de la condición humana, misión última y primera del propósito artístico. Al respecto y buscando la máxima expresión dramática, Esvón logró convocar a un excelente cuadro de actores, entre los que se encontraron la propia Delfina (cuyas dotes como actriz saltaron a la vista), Virginia Aguirre y Adriana Barraza, quienes entablaron un espléndido duelo actoral, Cony Jaimes, Héctor Sánchez, Hugo Renán y Pablo Chang, la mayoría de los cuales sigue aportando su talento al teatro.

Volviendo a Delfina, sobra decir que son muchos y patentes sus recursos literarios. Ello se advierte en su natural y preciso dominio del estilo, en el fluido armónico de sus frases y diálogos, así como en las deslumbrantes y sugestivas imágenes que logra. No es casual encontrar en sus textos un tono musical y un acento cinematográfico. Y no es casual porque, desde niña, conoce y ha vivido con la música, y el cine se ha vuelto su gran afición, incluso por encima de ésta y del propio teatro.

Como se ve, razones hay para festejar y admirar su obra; para descubrirnos y liberarnos a través de ella; para saber hasta dónde las palabras son capaces de revelarnos aquello que nos atrofia e impide ser, aquello que, aunque no queremos aceptar, nos define e identifica en lo humano.

Me he tomado el atrevimiento de acercarme a la verdadera historia de una gran Delfina, quien sin caer en *la red* (de la RO), acompañada de su ángel (con nintendo) y echando a volar sus demonios, ha sabido salir de sus infiernos,

y, plácida, en el *cielo*, ha dado luz y esplendor a nuestras letras con sus lúdicas y mágicas palabras.

Discúlpame, Delfina, el atrevimiento, y los errores u omisiones que en éste haya cometido. Seguro estoy —o al menos lo deseo— que no habrá de pasar mucho tiempo para que tus obras pendientes, El espacio... (reto y deuda para la teatralidad universitaria) y La china poblana (tan pertinente y promisorio, por lo que me has contado de ella), y venideras (tus ingeniosos cuentos alusivos unos a temas relacionados con los movimientos independentista y revolucionario —dos de los cuales conozco—, a los que auguro un gran éxito), así como tus demás obras literarias, serán de nueva cuenta felices acontecimientos e impactarán nuevamente en la percepción y la conciencia de lectores, actores y espectadores —sobre todo universitarios—, quienes sin duda vivirán entretenidas o catárticas experiencias, al dejarse transportar por tus vívidas palabras.

Y ahora que, como ella misma lo ha expresado, lo mejor que le ha sucedido en la vida es venir a radicar a Toluca, considero un privilegio contarla entre nosotros, tanto por su calidad humana como por su potencial literario. No dudo que en esta su nueva etapa, pese a su deteriorada salud, muchas nuevas sorpresas habrá de darnos aún Delfina —de hecho ya lo vemos venir con la puesta en escena, por José Cotero, de *El cielo*, una de sus más recientes y caladoras obras—.

Ojalá tus conocidos o posibles lectores se den cuenta de la valiosa aportación que para nuestras letras significan tus siempre novedosos trabajos literarios. Y ojalá también que, además de los reconocimientos y homenajes que te brindan las instituciones, tengan éstas la sensibilidad para ofrecerte una digna condición de vida que te permita seguir creando en ese maravilloso mundo de las palabras en el que tan prolíficamente habitas.

Sé que por su característica prudencia y actitud paciente Delfina no lo pediría, pero yo me atrevo a apelar a la autoridad universitaria, confiando en su sensibilidad y voluntad alentadora, para que se le brinde a esta autora una oportunidad (¿laboral?) que, sin incertidumbres, además de sufragar sus gastos, le asegure la atención médica que tanto requiere. Creo que, por la valiosa contribución que ha dado y puede dar a nuestra máxima casa de estudios, mucho lo ameritaría. LC